

Pero entre el don gratuito humano y el divino existen diferencias sensibles que conviene que sepais. El hombre, en sus mas puras y ardientes afecciones, cede al atractivo de las cualidades que adornan el objeto de su eleccion. Su eleccion es libre, y no obstante, es determinada por méritos que la preceden, y de los cuales, no es él el autor. Dios, por el contrario, ántes de escoger y amar, no descubre en todas partes mas que la nada. El primer motor de sus preferencias no es la criatura, puesto que no existe, ni las bellezas que posee en el momento de la creacion, puesto que él es el dispensador y soberano de ellas. Él ama y se da por un movimiento que proviene de él solo, y que es la causa original de todo el bien que se encuentra en el ser creado. Este, en virtud de su libre arbitrio, ayudado por la gracia, puede volverse en seguida hácia Dios, y merecer verdaderamente su amor, pero por eso no deja de ser Dios quien comienza, y sin mas razon determinante que su libre y absoluta bondad.

En segundo lugar, aunque el hombre no necesite amar á tal ó cual sus semejantes, tiene sin embargo necesidad de amar; su corazon es un abismo que pide á gritos la plenitud y la satisfaccion que el amor solo encierra. Cuando se da, pues, se da por un impulso de que es á la vez agente y paciente; él podrá morir por su amor, de dolor ó de alegría; pero de cualquiera manera que se realice su sacrificio, él se hallará en su sangre derramada, y no podrá entregarse sin quedar satisfecho. Con respecto á Dios, no sucede así. El amor, que es su naturaleza mas que en el hombre, obtiene dentro de sí mismo, en los pliegues y repliegues de su triple personalidad, una inefable y plena satisfaccion, y cuando desde esta eterna embriaguez echa una mirada sobre los mundos que no existen todavía, él sabe, él vé que no los necesita para amar y ser amado. El misterio se verifica completamente en el interior de su esencia, y si le permite extenderse por los siglos, será por una efusion, cuya sublime liberalidad no podrá nunca agradecer bastante el universo.

Por fin, lo que el hombre da al hombre en el amor mas generoso, no es superior al hombre; el que recibe y el que dá son iguales, y lo que es dado y recibido entre ellos es de la misma naturaleza que el corazon de ambos, débil, limitado, mortal. ¡Cuán distinto es cuando es Dios el donador! Lo que derrama sobre su criatura es lo infinito, es una semilla de la eternidad, una aspiracion á su propia vida en una alma que es naturalmente incapaz de ella, y mas tarde, si esta alma es agradecida y fiel, una union estrecha é indisoluble, entre él y ella, entre la nada y la perfeccion, la miseria sin límites

y la suprema felicidad. Aquí, además, el don es gratuito de un modo incomprendible para nuestro pensamiento, y ante el cual él hombre no puede hablar de lo que él da, aunque fuera mil veces su ser entero.

Todo esto, señores, os hace comprender, cuan importante es, en la economía del gobierno divino, esta primera ley fundamental que yo expresaba de este modo: Dios es libre, y todos sus dones son gratuitos. Hé aquí la segunda: *Dios dispensa á todos los seres libres los auxilios que necesitan para alcanzar su fin.*

Con efecto, una vez enviada al mundo la criatura, y llamada voluntariamente por Dios á un fin que es su destino, Dios no puede ya sin injusticia rehusarle los medios de lograr el fin que le ha marcado. Ahora bien, las inteligencias libres, y el hombre en particular, han recibido de Dios la vocacion de conocerlo, de amarlo, de servirlo, y de poseerlo un dia cara á cara en una verdadera y penetrante contemplacion. Tal es su fin, y este fin, ninguna criatura, por elevada que sea, es capaz de alcanzarlo por sí misma, á causa de la desproporcion infinita que existe entre lo creado y lo increado. Es preciso, pues, para que el pensamiento de Dios se realice, para que el derecho conferido á las inteligencias no sea quimérico, y su deber imposible de cumplir, es preciso que Dios mismo lo ayude por medio de un auxilio perseverante de luz y de fuerza, que las atraiga á la atmósfera naturalmente inaccesible de su divina vocacion. Este auxilio se llama la gracia. La gracia debe, pues, ser el beneficio de todos, porque es la necesidad de todos, el medio de todos, porque todos son llamados. Así lo vemos declarado en cada página de la Escritura. Salomon decia: *No hay otro Dios que vos que cuidais de todos vuestra virtud es el principio de la justicia, y porque vos sois el Señor de todos, vos teneis piedad de todos* (1). San Juan Bautista dirá del salvador de los hombres: *El que ha de venir despues de mí, ha sido hecho ántes que yo, es anterior á mí, y de su plenitud lo hemos recibido todo* (2). Santiago dirá: *Dios dá á todos con abundancia* (3). Y san Pedro: *Dios obra con paciencia por causa vuestra, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos hagan penitencia* (4). Y san Pablo: *Nosotros esperamos en Dios vivo, que es el salvador de todos los hombres Cristo ha muerto por todos..... Así como todos han muerto en Adán, todos*

(1) Sabiduría, cap. 12, vers. 13 y 16. — (2) San Juan, cap. 1 vers. 15 y 16.
(3) Epíst. cat. cap. 1 vers. 5. — (4) 2ª Epíst., cap. 3, vers. 9.

serán vivificados en Christo (1). Y la Iglesia pidiendo el sábado santo por los herejes, judíos y paganos : *¡O Dios todopoderoso y eterno, que sois el salvador de todos, que no queréis la muerte de ninguno que no negáis vuestra misericordia ni aun á la traición de los judíos que no buscáis la muerte de los pecadores, sino siempre su vida!* Y santo Tomás de Aquino : *Dios quiere que todos los hombres sean salvos, por esa razón, no falta á ninguno la gracia, sino que se comunica á todos tanto como está en él* (2).

Estos magníficos testimonios del derecho de las inteligencias al auxilio de Dios me dispensan de todo razonamiento ulterior, y paso á la tercera ley fundamental del gobierno divino, cuyo tenor teológico es este : *Dios respeta la eficacia de acción de los seres libres, sea para el bien, sea para el mal.*

Ser auxiliado, Señores, ser alumbrado, fortificado, gobernado en una palabra, no es perder en la acción que nos ayuda la energía y el mérito de nuestra propia acción. De otro modo, sería preciso decir que gobierno y servidumbre son una misma cosa, y aun esta expresión no bastaría, porque sería menester decir que gobernar es absorber, es aniquilar el ser sujeto al gobierno. En efecto, el ser no es mas que una actividad en una sustancia; y la actividad no es real sino en virtud de la acción que emana de ella. ¿Qué sería, pues, una acción que careciese de eficacia? ¿Qué es una acción, cuyo principio nos fuera extraño, cuya responsabilidad no nos perteneciera, cuyo resultado final recayera completamente sobre otro? Es claro que semejante acción sería pura nada, que arrastraría en su inanidad continua la supresión de la misma actividad, y por consiguiente el aniquilamiento moral del ser despojado de tal manera dentro y fuera de toda causa y de todo efecto. Quedaría, enhorabuena, una sustancia, pero una sustancia inerte, que apenas alcanzaría la honra de servir de instrumento pasivo al motor inexorable de su inferioridad. Dios, obrando así con sus criaturas libres, obraría en contradicción con la naturaleza que les ha dado, y aun no tendría siquiera la excusa de conducir las con seguridad á su fin. Porque su fin no es solo la beatitud, sino la perfección. La beatitud sería compatible tal vez con la pasividad absoluta; la perfección supone en una criatura la adquisición del mérito personal por el libre empleo de la actividad.

Por eso el gobierno divino, por la razón misma de su objeto, debe

(1) 1.ª Epíst. á Timoteo, cap. 4, vers. 10 — 2.ª, á los corintios, cap. 5, vers. 15; 1.ª á los corintios cap. 15, vers. 22. — (2) Sobre la Epístola á los Hebreos. cap. 2.

á la libertad de las inteligencias un respeto profundo. Debe, al paso que las dirige, dejarles la cualidad de causa sin la cual la acción no sería en ellas mas que una apariencia, y la actividad una mentira. Dios es la causa primera, porque él ha producido el mundo y lo gobierna; los espíritus son la causa segunda, porque producen actos eficaces bajo el gobierno de Dios. Y esta eficacia no consiste solo en hacer libremente lo que Dios les inspira que hagan, sino en resistirle con una energía victoriosa, y en sustituir el imperio de su voluntad al imperio de sus consejos, de sus mandatos y de sus impulsos. Cuando los espíritus obedecen al movimiento divino que solicita su concurso, trabajan en la obra de la perfección y de la beatitud de todos; este es el bien. Cuando rechazan las inspiraciones de la gracia y menosprecian la voluntad de Dios con un querer contrario, trabajan en la degradación y desgracia de todos: este es el mal. En el primer caso son los cooperadores de Dios; en el segundo los instrumentos de su propia perversidad. Pero siempre son libres, activos, poderosos, responsables, verdaderos actores del drama profundo del destino universal.

Este drama no es de ningún modo un espectáculo preparado de antemano, en el cual cada personaje ha recibido el papel que ejecuta fielmente. Los espíritus y los mundos no vienen, bajo la inspección de Dios, á recitar una pieza que él ha compuesto para su recreo, y que hace representar á actores, cuyo pensamiento concuerda con el suyo, su voluntad con la suya, y en la cual, las catástrofes morales han sido predispuestas para su ornamentación. No, Dios no quiere el mal, él lo mira con el horror de una santidad infinita; el mal es su adversario, el mal lucha cuerpo á cuerpo con él, y si pudiera, lo precipitaría del trono desde donde su Providencia lo ve y lo permite, á fin de dejar á los hijos de la libertad este título magnífico de causa sin el cual la virtud no tendría todo su lustre, el amor todo su precio, la recompensa toda su verdad. Dios y los espíritus, en el drama del destino son cada uno en su lugar actores serios que no hacen todo lo que desean, que no quieren todo lo que pueden, los espíritus porque son limitados, Dios porque es Dios, y porque su omnipotencia misma contiene su omnipotencia por respeto á la sinceridad del fin que nos ha señalado. Si Dios hubiese echado en la balanza el peso total de su acción, hubiera perecido hasta el misterio de las cosas libres. Cualesquiera que hubiera sido el arte con que hubiera excluido la posibilidad del mal, de cualquiera manera que hubiera introducido en las almas la influencia absoluta

de su gracia, por la misma razón de que hubiera siempre, en todo tiempo, todo lugar, todo espíritu, obtenido su efecto, no hubiese dejado nada grave ni heroico en el combate de los destinos. Faltando el peligro, habría faltado la gloria, y Dios no habría querido preparar para virtudes tan débiles una corona tan alta.

Pero, puesto que Dios respeta la libre eficacia de los espíritus hasta permitirles el mal, ¿cual es en este caso la medida del poder que le queda á su gobierno? ¿Se limita á derramar en las almas cierta cantidad de luz y de fuerza, sin prever nada ni disponer del curso de las cosas? ¿No sigue ningun plan? ¿Su plan, caso que lo tenga, es superior á la rebelion de los espíritus, ó bien, es unas veces roto, otras rectificado, segun consiguen alternativamente la ventaja el bien ó el mal, uno contra otro?

Señores, es claro que Dios sigue un plan, porque ninguna sabiduría vive á la aventura; pero tambien es claro que este plan no se realiza en todas sus partes de una manera infalible, sin lo cual el mal seria ineficaz, ó hubiera sido directamente predestinado por Dios como un elemento esencial del orden expresamente ordenado por él, lo cual es afirmar una impiedad. El mal no es predestinado por Dios, el mal existe; el mal es una violacion del plan divino: es decir, que este plan no se realiza de una manera completa. Pero Dios lo rectifica incesantemente trasportando sus gracias, y produciendo el bien con el mal por medio de una maniobra sublime que mantiene en el mundo la verdad y la justicia, sin que nunca la prevaricacion de las inteligencias pueda apagar su antorcha y destruir su reinado. El mal tiene su parte, pero una parte impotente, que no altera el orden sino para ponerlo mas de relieve. Bajo la mano reparadora de Dios, las tinieblas alumbran, la mentira atestigua, la negacion afirma, la blasfemia adora, y todo el ejército de los espíritus reconoce mas tarde ó mas temprano en su triunfo la victoria de Dios.

El gobierno divino, considerado en la coordinacion de sus actos, se descompone en dos planes; el plan primitivo, y el plan rectificado. El plan primitivo encierra el encadenamiento de las cosas y de las gracias, tal como hubiese sido, si las criaturas libres hubiesen respondido totalmente á las inspiraciones de Dios, y sometido plenamente su voluntad á la suya. El plan rectificado encierra el encadenamiento de las cosas y de las gracias, tal como resulta de la obediencia y de la rebeldia, del mérito y del demérito de los espíritus, cuya eficacia real forma con la accion divina el movimiento complejo y definitivo del universo moral. Así, para servirme de un ejemplo, el Paraíso de

delicias en que fué puesto el hombre en su origen, pertenecía al plan primitivo de la Providencia, la encarnacion y la pasion del Hijo de Dios pertenecen al plan posterior ó rectificado; porque el Verbo divino no se hubiera encarnado ni hubiera padecido, si el hombre no hubiera roto la trama de su destino con la prevaricacion. Indudablemente, Dios habia permitido y previsto esta prevaricacion; pero él no la habia deseado, ni preparado, porque es imposible que la santidad infinita desee ni prepare el mal. De donde se deduce, que como hay dos planes de gobierno divino, el plan primitivo y el plan rectificado, se encuentran tambien dos predestinaciones; la predestinacion primitiva y la predestinacion rectificada. Con efecto, todo plan supone que la inteligencia preve una serie de acciones coordinadas para un fin, y que el poder alumbrado por la prevision provee para que los medios guarden proporcion con el fin. Pues este doble acto de prever y proveer, aplicado el gobierno de la Providencia, se llama predestinacion, y puesto que la Providencia se ha trazado dos planes de conducta, el uno ideal, el otro modificado despues, se sigue que el misterio de la predestinacion ha sufrido eternamente la misma suerte y la misma ley. Así, para servirme de un nuevo ejemplo, la vocacion de Saul al trono de Israel pertenecía á la predestinacion primitiva de este jóven, su reprobacion causada por sus faltas fué un efecto de la predestinacion rectificada. Por esto anuncia Dios en la Escritura que se arrepiente, que retira sus promesas, que transporta sus gracias, y emplea mil expresiones semejantes que no serian verdaderas, si no tuviere realmente á la vista las primeras resoluciones modificadas por el defecto de concurso por parte de los seres que habia idealmente predestinado. Sin duda, la inteligencia divina no está sujeta como la nuestra á sucesiones y retrocesos, y todo en Dios toma la forma sagrada de la unidad. Pero esta unidad, como la vemos en el misterio mismo de las tres personas coeternas, no excluye la distincion, y por consiguiente nada impide que Dios abarque á la vez con una mirada lo que hubiera hecho con los espíritus fieles, y lo que hará con los mismos espíritus rebelados contra su amor. En este sentido, no habrá, si se quiere, mas que una sola trama del gobierno divino, un solo plan, una sola predestinacion; pero así como el análisis fisico descubre siete colores en la unidad de la luz, el análisis metafísico descubrirá dos órdenes de resoluciones en la unidad de la prevision y de la voluntad de Dios. Aquí está, al parecer, el nudo de las contradicciones aparentes de la Escritura en este profundo asunto. Cuando san Pablo dice de Jacob y de Esau:

*Antes que hubiesen nacido, y que hubiesen hecho ni bien ni mal, a fin de que el decreto de Dios tuviese por base la eleccion y no las obras, les fué anunciado que el primogénito serviría al mas joven (1); cuando san Pablo, repito, habla de este modo, evidentemente habla de la predestinacion primitiva, anterior á todo mérito, que no tiene otra regla que la libertad misma de Dios. Cuando san Pedro dice: *Hermanos míos, esforzáos por hacer ciertas vuestra vocacion y vuestra eleccion con buenas obras (2)*; evidentemente habla de la predestinacion rectificada, es decir de lo que puede e ejercicio de nuestro libre arbitrio ayudado por la gracia para confirmar, debilitar, ó aún extender el efecto de la predestinacion primitiva respecto de nosotros. En este sentido ha dicho santo Tomás de Aquino: *Aunque dos bautizados reciben una gracia igual, no usan de una igualmente, porque el uno la aprovecha mas con su cuidado, y el otro pierde la gracia de Dios por su negligencia (3)*.*

La cuarta ley fundamental del gobierno divino puede expresarse así: *Siendo el orden sobrenatural el fin de los seres libres, el orden natural se arregla y explica bajo el punto de vista del orden sobrenatural*.

Esto quiere decir que siendo nuestra vocacion y fin la posesion eterna de Dios, el mundo visible con todos sus acontecimientos no es mas que un lugar de prueba y de preparacion para el hombre; de lo cual se sigue, que este mundo no es gobernado por Dios en consideracion del estado presente, sino en consideracion del estado futuro, por la razon decisiva de que el gobierno es la direccion de los seres libres hácia su fin, y de que esta direccion supone necesariamente que todo se hace por el fin y no por el medio. Esta palabra, señores, por breve que sea, os explica las oscuridades que cubren aquí abajo los juicios de Dios sobre los hombres; ella os explica, en particular, porqué el justo sufre con tanta frecuencia males de que se libran, al parecer, afortunados criminales. ¿Qué importa, con efecto, que el justo sufra al pasar dolores que no merece, puesto que se encamina á una eternidad mas grande que su virtud? O por mejor decir importa mucho que sufra, mucho para él y mucho para nosotros. Para él, el sufrimiento es una ocasion de mérito, un medio de elevarse á Dios por la sinceridad del desprendimiento y el heroismo de la inmolacion. Para nosotros, el espectáculo de sus desgracias nos

(1) Epístola á los Romanos, cap. 9. vers. 11 y sig. — (2) Epístola 2^o cap 1, vers. 10. — (3) Suma, 3^o parte, cuestion. 69, art. 8, 2^o arg.

advierte elocuentemente que la tierra no es nuestra morada, y que necesitamos buscar mas lejos y mas arriba la razon de nuestra vida, el reposo de nuestras vicisitudes y la recompensa de nuestros deberes cumplidos. ¡Qué cosa puede haber mas grande que sufrir persecucion por la justicia! ¡Qué cosa mas digna de Dios, del hombre y de la virtud! Lejos pues las cuestiones pueriles de la filosofía antigua acerca del gobierno de la Providencia, ó por mejor decir tributémosle el homenaje que merece por no haberse cegado completamente, y por haber entrevisto en el misterio de los sufrimientos inmerecidos la prueba y la garantía de nuestra inmortalidad. Así fué, como Sócrates, condenado por Atenas, lo presagiaba la noche famosa en que expiró. « Amigos míos, decia, no despreciemos los dones del cielo; creamos en Dios puesto que muero injustamente; creamos en la recompensa invisible, puesto que no nos es otorgada la recompensa terrestre. Bebamos con alegría el brebaje mortal, vosotros con el corazon, yo con los labios, porque es un perfume de la inmortalidad que desciende desde Dios hasta nosotros. »

Tales son en compendio, señores, las leyes fundamentales del gobierno divino. Yo las he coordinado metafóricamente por artículos con el objeto de darles mas claridad. El primero establece el derecho de Dios sobre las criaturas, y la distribucion de sus gracias; el segundo y el tercero expresan el derecho de los seres libres con relacion á Dios y á sus dones; el último manifiesta cuál es, en el orden de la Providencia, la relacion de lo presente con lo futuro, de lo temporal con lo eterno. Alumbrados por esta relacion, nos será ahora permitido considerar, en el espectáculo mismo de las cosas, la marcha del gobierno divino, y ver si corresponde en realidad á las leyes, cuya justicia y grandeza acabamos de reconocer.